

FRANCISCO DE ASÍS MENDEZ CASARIEGO, FUNDADOR

Un hombre para los demás

El padre Francisco Méndez nació en Madrid en el año 1885. Fue un sacerdote conocido en su tiempo como “el padre de los pobres”, un hombre sabio y sencillo, que dedicó su vida a los demás. Fundador del Instituto de las Hermanas Trinitarias y del Hogar de Portacoeli, quiso terminar sus últimos años dedicado totalmente a los niños más pobres y abandonados de Madrid. Vivía modestamente, por opción personal, pero tenía un corazón enorme y un amor tan grande a Dios y al prójimo, que transformó la vida de muchos.

Pionero en la acción social

Don Francisco Méndez vivió la entrega total a Dios al y prójimo, por amor, y acabó siendo pionero de la acción social tanto en favor de las jóvenes explotadas y excluidas, como de los niños pobres y abandonados.

A finales el siglo XIX, Madrid era una ciudad donde muchos niños vivían en condiciones extremas: dormían en las calles, portales o donde pudieran refugiarse, sin escuela ni familia. Don Francisco no se limitó a darles un techo o comida; su mirada era profunda y transformadora: quería que cada niño aprendiera un oficio, conociera sus derechos, y desarrollara su dignidad, responsabilidad y autonomía.

Precursor de la educación integral para los pobres

Fue un precursor de la educación integral precisamente allí donde nadie lo intentaba ni lo creía posible. Mujeres que estaban en la cárcel, o en hospitales de enfermedades que se consideraban incurables, y niños que vivían en la calle, tenían acceso a una formación de calidad, regenerativa e integral. Para las jóvenes y los niños de la calle levantó una casa donde, además de un hogar tenían la oportunidad de trabajar por sus sueños; creó centros educativos, promovió talleres, y puso en marcha una ingente obra, pionera en su tiempo; una obra en la que hoy aún podríamos inspirarnos.

Caridad y gestión

La obra iba más allá de la caridad: se trataba de formar personas capaces de salir adelante por sí mismas. Entendió que la obra social no podía depender de la buena voluntad de la gente: buscó aprobación legal, financiación y colaboración, siempre asegurando que la obra fuera sostenible y mantuviera su espíritu y su propósito original.

Un educador ejemplar

Don Francisco combinaba pasión y rigor. Cada decisión estaba guiada por el amor al prójimo y la fe, pero también por un sentido práctico y organizativo: seleccionaba cuidadosamente a los profesionales, los formaba él mismo, y supervisaba cada taller, cada aula, cada actividad. Creía que la verdadera transformación social comenzaba por el ejemplo, y él mismo preparaba a quienes iban a formar y acompañar a los más vulnerables.

Lo más admirable es verle en sus últimos años, cuando ya estaba enfermo y débil, saliendo a buscar a los niños necesitados en los barrios más pobres de Madrid. Su vida fue un testimonio de compromiso total: no solo hablaba de justicia y educación, sino que encarnaba lo que decía con su dedicación, su esfuerzo y su amor.

Visionario en la emancipación de la mujer

En España fue un verdadero innovador en la promoción de la mujer. Profundamente sensible a su dignidad, en una época histórica en la que esa dignidad no siempre era reconocida ni social ni eclesialmente. Su defensa de la mujer no fue ideológica ni reivindicativa, sino evangélica, concreta, profundamente humana, y eficaz.

Ante todo, el Padre Méndez creyó en la mujer. Creyó en su capacidad espiritual, en su inteligencia, en su fortaleza interior y en su papel insustituible en la sociedad y en la Iglesia.

Innovador en el papel de la mujer en la Iglesia

Cuando fundó las Hermanas Trinitarias, no solo buscaba religiosas devotas: quiso mujeres formadas, libres y capaces de liderar proyectos edificantes. Mujeres capaces de enseñar, dirigir obras, administrar hogares y talleres, centros educativos y proyectos pioneros para la formación integral. Quería mujeres valientes, capaces de arriesgar, de salir a las calles, de enfrentarse a cualquier dificultad y superarla. Capaces de educar en la adversidad, como verdaderas, creyendo en la autonomía y libertad de las mujeres excluidas y sin recursos.

La mujer como portadora de esperanza

El padre Méndez vio en la mujer una portadora privilegiada de esperanza y redención. Confiaba en su capacidad para humanizar los ambientes más duros, sostener la fe en tiempos de prueba, y transmitir ternura, firmeza y fidelidad evangélica.

Con las jóvenes que acogían en casa su objetivo era formar mujeres preparadas para ser dueñas de sus vidas, capaces de luchar por una sociedad más justa, de liderar el nacimiento de un mundo mejor, donde nadie quedara excluido del progreso, donde toda persona sea respetada, y a nadie se le arrebate la libertad que le pertenece. Lo creía y lo promovió, mucho antes de que esto se considerara urgente en la sociedad española.

Una mujer esencial en su vida. Madre Mariana

El padre Méndez sabía que sin la mujer, su carisma no habría tomado cuerpo, ni podría desarrollarse. De hecho, sin ellas no habría comenzado ni llegado donde hoy lo contemplamos. Cuando conoció a madre Mariana, él había visto la necesidad, había recibido la Inspiración, tenía un sueño, y lo había intentado. Pero hasta que ella no puso en marcha el proyecto, no salió adelante.

Su legado y un mensaje para hoy

El legado del Padre Méndez no está en edificios ni en riqueza, sino en **vidas transformadas**, oportunidades dadas a los olvidados y un ejemplo de entrega, fe y coraje que sigue vivo hoy. Para quienes hoy se dedican a obras sociales, don Francisco es un modelo de cómo la acción social puede ser integral, digna y sostenible. Nos recuerda que el verdadero cambio requiere educación, organización, oportunidades reales, liderazgo femenino y compromiso con los más vulnerables, y que nada de esto se consigue sin entrega personal, pasión por la justicia y sensibilidad social.

En su legado vemos que la educación y la obra social no son sólo servicios, sino instrumentos de liberación y empoderamiento, especialmente de quienes más lo necesitan: niños, jóvenes y mujeres. Don Francisco nos enseña que todo compromiso social, para ser auténtico y duradero, debe ir de la mano de la dignidad, la formación y la confianza en las capacidades de las personas.